

Una Trascendental Labor Médico Social en el Perú

Por el Dr. Luis A. Ugarte,
Jefe del Departamento de Higiene y Asistencia Social de la
Caja Nacional de Seguro Social.

Uno de los aspectos fundamentales del problema indígena en el Perú es, evidentemente, el sanitario y médico social. Y, viceversa, uno de los aspectos fundamentales del problema sanitario y médico social del Perú es el que respecta al factor indígena de la población.

En efecto, aún cuando no se conoce ni aproximadamente el número absoluto ni relativo de nuestra población indígena, podemos afirmar que es considerable, ya que la mano de obra de la agricultura, minería e industria en la sierra y la montaña está constituida casi únicamente por elemento indígena, y en la costa, gran parte de ella, sobre todo de la agricultura y de la minería, es también indígena.

Por otra parte, el primitivismo de su vida, las lamentables condiciones higiénicas de su vivienda, vestimenta, alimentación, ausencia de aseo corporal y su supina ignorancia y múltiples prejuicios en materia de medicina, lo hacen fácil presa de las enfermedades, especialmente de las infecciosas, y foco de origen de numerosas epidemias, particularmente de viruela y de tifus exantemático.

Pero hay aun algo más: la peculiar distribución de la población indígena en pequeños y dispersos núcleos, alejados unos de otros, sin vías de comunicación entre sí, desperdigados en abruptas serranías, dificulta toda acción civilizadora y hace imposible que llegue a ellos la acción sanitaria del Estado con sus organismos habituales.

Seguramente no se ha olvidado todavía entre nosotros la magnitud catastrófica que asumió la pandemia malárica de los valles de Convención y Lares, debida únicamente a que pudo cebarse en una población inerte por su ignorancia y, lo que es peor, que la agravaba por bárbaros tratamientos dictados por absurdos prejuicios y donde la acción sanitaria del Estado se vió dificultada por las condiciones de enorme diseminación de la población a que hemos hecho referencia.

Antes de la organización de las "Brigadas sanitarias" y de los Comandos sanitarios regionales, eran sólo los Médicos Titulares de las Pro-

vincias los que debían afrontar el problema sanitario en la extensa zona de su jurisdicción y debían hacerlo sin contar con elementos de ninguna clase y ni siquiera facilidades de movilización.

Por otra parte tienen obligación de residir en la capital de la provincia, donde hacen clientela y desempeñan múltiples funciones oficiales, especialmente de orden médico legal y burocrático que los absorbe completamente y les dejan poco tiempo para pensar en cuestiones sanitarias.

Es verdad que contaban con auxiliares vacunadores pero generalmente sin preparación adecuada, ignorantes del verdadero sentido de su misión y por consiguiente imposibilitados material y psíquicamente para hacer labor efectiva.

En esas condiciones ¿era lógico esperar labor sanitaria efectiva de los Médicos Titulares?

Sólo podían hacerla un espíritu idealista, un verdadero médico sanitario tal como el que idealizó Balzac en el Dr. Benassis, es decir, que actuaba impulsado por un verdadero sentido apostólico de su misión, que se daba por entero a ella, que comprendía que no debía limitarse a esperar que el enfermo llame a su puerta para curarlo sino que debía atacar la enfermedad en su origen, destruir las causas que la provocan y por consiguiente actuar sobre los más inermes núcleos humanos para convertirlos en elementos aguerridos y resistentes a la enfermedad.

Es por esto, por el carácter de extraordinaria excepcionalidad que tiene la labor sanitaria ejercida sobre el elemento indígena de la Provincia de San Román, por el médico peruano Dr. Manuel Núñez Butrón, que vale la pena darla a conocer.

Ya el médico chileno Dr. García Tello, a su paso por Lima, tuvo ocasión de saber de ella y quedó cautivado por su magnitud y alto significado americanista. La ha exaltado en su país y ha presentado a Núñez Butrón como figura continental.

Cual es esa labor? Trabajando sucesivamente como Médico Titular de las provincias de Azángaro, Huancané, Lampa y San Román y al cabo de cinco años de labor estéril comprende la imposibilidad en que se halla de hacer labor sanitaria efectiva contando con solo los medios oficiales: imposibilidad material de llegar a los focos epidémicos de la desperdigada vivienda indígena del altiplano; imposibilidad psicológica de penetrar al alma desconfiada del indio, ancestralmente explotado y humillado. Pero conocedor de ella, a la que observó desde niño, comprende que esa desconfianza no es invencible; percibe, tras la aparente conformidad con su mísera suerte un ansia oculta de saber y progreso y se propone vencer aquélla y despertar ésta canalizándola por la noble vía de la higiene, del saber y del trabajo.

Convencido de que los factores que mantienen al indio al margen de la civilización y ageno al progreso son la suciedad, el alcoholismo o la coca, el pleito y la ignorancia, inicia su labor hablando sobre estas cosas a todo indio que acude a solicitar sus servicios (en la generalidad de los casos por certificados médico legales) y exigiéndoles que se presenten limpios para poder ser atendidos. Pero además va a las parcia-

lidades en busca de ellos y les habla. Para estimularlos y para contar con propagandistas de su doctrina, resuelve designar sanitarios honorarios a quienes se encomendará la vacunación antivariólica que se les ha enseñado a practicar. Comienza por la parcialidad de Isla, donde el año 1933, en ceremonia pública y en presencia de todas las autoridades de la provincia y de una multitud de indios, entrega los nombramientos y coloca los brazaletes con la insignia de la cruz roja a los nuevos sanitarios rurales o "riccharis". Fueron designados los que más se habían distinguido por su fé, decisión y entusiasmo por la nueva causa: ellos fueron Eusebio Cutipa, Benito Cutipa, Juan Koakira, Pablo Mamani y otros y entre las mujeres Metrona Mamani y Nicolasa Hojas. La misión de estos sanitarios era, además de practicar la vacunación antivariólica a todos los habitantes de su comunidad y de la parcialidad toda, predicar la doctrina del indio limpio y ante todo predicarla con el ejemplo; hacer despertar a sus congéneres del letargo en que están sumidos, abrirles los ojos al progreso, destruir los prejuicios arraigados sobre las causas de las enfermedades, hacerles que no teman combatir al "hatun onccooy" (enfermedad grave), que no es un ente vengativo y caprichoso, sino que es una infección inoculada por el piojo y por consiguiente en último término engendrada por la suciedad; que el piojo no ha sido puesto por Dios en el cuerpo del indio como su compañero inseparable sin el cual moriría, sino al contrario, el indio puede vivir mejor libre de esos parásitos, etc.

El éxito alcanzado superó todas las expectativas: cada día aumentaba el número de indios ganados a la limpieza. Pero hubo algo más, los indígenas de la parcialidad de Rancho, al saber que se hacía una labor de esa índole en la de Isla, fueron espontáneamente a solicitar que se hiciera cosa igual en la suya y la obra fué extendiéndose de parcialidad en parcialidad por toda la zona rural de la provincia de San Román y llegaron solicitudes de otras provincias vecinas.

Unas parcialidades rivalizaban con otras en alcanzar los más rápidos progresos, en presentar el mayor número posible de indios limpios.

Para preparar más a los sanitarios "riccharis" Núñez Butrón organiza en su propia casa Asambleas dominicales donde les da lecciones de higiene y sanidad, donde cada "ricchari" da cuenta de su labor, de los progresos que se realizan en materia de higiene, limpieza, desanalfabetización, etc. El único ritual que se observaba era el de lavarse todos los asistentes con agua y jabón, para lo que hay dispuesto todo lo necesario en el patio de la casa. Les incita a fundar escuelas: todo el que sabe leer puede enseñar a su vecino. En las asambleas dominicales se reparten periódicos de Lima, especialmente "La Crónica", gentilmente enviada por el señor Larco Herrera, para que los que saben lean en voz alta y se den cuenta de lo que pasa en el mundo; así llegan a saber que hay otros países con bellas ciudades muy limpias, donde las enfermedades infecciosas han sido dominadas por la higiene; donde los habitantes son limpios y todos saben leer y escribir. Ellos también pueden escribir un periódico dando a conocer lo que pasa en su comunidad y surge "Runa

Soncco' (corazón de indio) donde palpita la vida social indígena con sus actuales costumbres: "munanacuy", "sirvinacuy", "casaracuy" que equivalen a la petición de mano, el matrimonio a prueba y la legalización del matrimonio y otras muchas más; allí se da cuenta de las riñas ocurridas bajo la influencia de los excesos en el alcohol; del ganado y tierras que pierden los indios en sus pleitos sin fin, que sólo benefician a los tinterillos azuzadores. Se escriben cartillas en quechua, aymará y castellano sobre las enfermedades más frecuentes y se escriben otras cosas más que interesan vivamente a los indios.

La fiesta del indio, el 24 de junio, era celebrada con gran entusiasmo y dándole contornos extraordinarios; se preparaba con mucha anticipación: las diferentes parcialidades debían presentar el mayor número posible de indios, eran verdaderos concursos de limpieza; se repartían jabón, peines, espejos, lápices y cuadernos. Distinguidos comerciantes de Juliaca apoyaban decididamente esa labor y obsequiaban esos artículos.

El que esto escribe tuvo oportunidad de conocer personalmente los resultados excelentes de esa labor tesonera de varios años; pudo apreciar el fervor con que los "riccharis" cultivaban y predicaban esas doctrinas; pudo ver cómo una noble idea iluminaba las hasta entonces obscuras conciencias de los indios; cómo se había despertado en ellos el anhelo de progreso; cómo habían sido arrancados de su antigua indiferencia y conformidad con su mísera existencia.

Núñez Butrón ha tenido un excelente colaborador en el maestro rural Eustaquio Awerancca, de origen indio y profundo conocedor de la psicología indígena, que ha captado rápidamente la importancia educativa formidable de las enseñanzas de Núñez Butrón y ha sabido inculcar en los corazones juveniles el concepto y al amor a la patria, al saber y a la limpieza y el odio a la suciedad, al piojo, al alcohol, a la coca y al pleito. Educador innato, ha sabido formar y disciplinar admirablemente a los niños. Su principal auxiliar educativo es la música: les ha enseñado bellas canciones educativas y patrióticas que los niños entonan con fervor.

La labor de Núñez Butrón es todo un experimento sociológico que ofrece múltiples enseñanzas: nos ha hecho ver todo lo que puede conseguir el médico sanitario, el que ha puesto su ideal en evitar las enfermedades antes que en curarlas, el que tiene un sentido social de su misión. Nos ha mostrado que el héroe de "Médecin de Campagne" de Balzac no es un mito.

Ha enseñado, también, todo lo que puede obtenerse del indio, como es fácil despertarlo, incorporarlo a la vida civilizada, poniéndolo en la vía del progreso del que está ávido, no obstante su aparente indiferencia y conformidad.

Ha enseñado, por último, el método más conveniente para llevar a cabo esa magna labor.